

Adiós al Juárez de bronce

Fernando Rodríguez Doval

En la vida política mexicana, Benito Juárez, cuyo bicentenario acabamos de recordar, ha sido algo así como un santo laico. El conjunto escultórico que le rinde homenaje en la avenida que lleva su nombre, en el centro de la ciudad de México, asemeja a las figuras que comúnmente aparecen en los templos, de la misma manera que las diversas poesías y canciones que la intelectualidad orgánica le ha dedicado a lo largo de los años más parecerían himnos religiosos (en el Hemiciclo a Juárez se aprecia a la "Gloria" colocando una corona de laurel sobre la sien del Benemérito, al mismo tiempo que la "República" enarbola la antorcha del Progreso en una mano, y sostiene una espada con la otra, mientras dos leones descansan a los pies del héroe). Los pueblos y ciudades que durante la Colonia llevaban el nombre de santos, después tuvieron nombres de héroes, y Juárez fue el protagonista en cientos de casos.

Esta admiración casi mística por Benito Juárez tiene una explicación de tipo instrumental. Todo régimen autoritario necesita de héroes oficiales que le brinden una legitimidad que no le dan las urnas. Estos héroes

forman parte, en muchos casos, del mito fundacional del propio régimen. Fue el caso, por ejemplo, de Mao Tse-tung en la China comunista, de Lenin en la Rusia soviética, o de Ernesto "Ché" Guevara en la Cuba castrista. Porfirio Díaz intentó hacer lo mismo tomando a Benito Juárez como bandera; nos dice el historiador Carlos Tello que el culto a Juárez comenzó durante el gobierno de Díaz, tal vez para justificar sus largos años en el poder, legitimando el nuevo Estado a pesar de las profundas diferencias que separaron a ambos políticos años atrás: "Porfirio Díaz consolidó esta religión cívica, que convirtió en la primera historia oficial de México. En ella, el héroe más venerado fue sin duda don Benito Juárez. El general Díaz veía con nitidez lo que los ideólogos de la Revolución más tarde trataron de ocultar por todos los medios: que él mismo era el continuador de la obra de Juárez" ("Indio Juárez", *Enfoque*, 19 de marzo de 2006).

En un extraordinario artículo, publicado hace ya algunos años, Gabriel Zaid se lamentaba de que la derrota conservadora en el Cerro de las Campanas no se hubiera traducido en un régimen plural, que hubiera

sido lo verdaderamente liberal, sino en un sistema excluyente, jacobino, en donde ser conservador ya no era permitido ("En defensa de los conservadores", *Reforma*, 29 de julio de 2001). Este sistema político, con sus diferentes adecuaciones temporales, se mantuvo hasta finales del siglo XX. Diversos analistas coinciden en que hay una continuidad entre el régimen de Benito Juárez y el que nació de la revolución, pasando por los largos años de Porfirio Díaz, en lo que respecta a la visión unidimensional de la realidad mexicana, la perspectiva maniquea de la política, la eliminación de cualquier valor que pudiera interpretarse como remotamente cercano a los que defendieron los conservadores en el siglo XIX y el convencimiento de que las elecciones únicamente servían para validar el curso de la historia, un curso que no puede ser modificado y en el cual el triunfo de la "reacción" es moralmente inadmisibles.

Así, el régimen de la revolución mexicana también veneró y santificó a Juárez, al lado de otros héroes míticos, algunos de los cuales incluso se combatieron entre sí en vida, como Emiliano Zapata, Pancho Villa, Venustiano Carranza, Álvaro



Obregón, Plutarco Elías Calles o Lázaro Cárdenas. De esta forma, el sistema priísta tuvo su constelación de figuras legendarias y sagradas que le brindaban una legitimidad distinta a la que nace de la voluntad de los ciudadanos, pero consistente con la historia oficial, cuya representación gráfica aparece en las famosas pinturas del muralismo mexicano.

Benito Juárez se convirtió en una figura sobrehumana, casi divina, inmaculada, que aglutinaba en un solo ser todas las virtudes, sin presencia de mal alguno. Por esto mismo, un análisis objetivo en torno a su época, una época fundamental de la historia de México, estuvo completamente ausente, cuando no censurado, en la historiografía mexicana.

Hoy las cosas, en apariencia, son distintas. El actual régimen, producto de los votos y no de revoluciones o guerras fundacionales, ya no requiere de figuras históricas en las cuales cifrar su legitimidad, ni está seducido por la tentación de la unanimidad. Es por eso que en este bicentenario del político oaxaqueño hemos asistido a una revalorización de su figura gracias a la cual se han podido

apreciar sus sombras y sus luces, sus errores y sus aciertos bajo una lente histórica que toma en cuenta las circunstancias que le tocaron vivir. A pesar de ello, este ejercicio aún es insuficiente. Todavía parece políticamente incorrecto encontrar errores al Benemérito, a tal grado que incluso el cardenal Norberto Rivera se cura en salud y afirma que "¡ojalá nos llegara otro Juárez!", y sus homenajes se siguen multiplicando en el gobierno del cambio, lo mismo que en todos los candidatos presidenciales.

Sin embargo, dentro de la intelectualidad las cosas empiezan a cambiar. Es sintomático, en este sentido, un artículo de José Antonio Crespo, cuestionando severamente las virtudes de Juárez, que años atrás lo hubiera convertido en un enemigo de la patria. En ese texto Crespo acusa a Juárez de ser alguien que sólo cumplía la ley cuando le favorecía políticamente, de ganar elecciones con fraudes y compra de votos, de no haber sido ajeno a manejos turbios para conseguir sus propósitos, de hacer lo necesario para perpetuarse en el poder, de recurrir a los norteamericanos para vencer a los conservadores, o de acumular, al momento

de su muerte, una fortuna cercana a lo que hoy serían 4 millones de dólares ("Candidato Juárez", *El Universal*, 20 de marzo de 2006). Pero más allá de la exactitud de las aseveraciones de este autor, lo que queda claro es que se ha abierto el debate en torno a Benito Juárez, y que en esto parece ya no haber marcha atrás, lo que hubiera sido impensable hace tan solo unos años.

Ha llegado, pues, el momento de escribir nuestra historia con objetividad y sin instigaciones ideológicas. Ese parece ser el rasgo común de este aniversario del nacimiento de Benito Juárez entre los académicos y los historiadores. Ojalá este sea el tiempo, también, de que los políticos y gobernantes asuman el mismo reto. Ha llegado el momento de decirle adiós a la historia como un arma política, a la visión de los buenos y los malos, a la intolerancia justificada por hechos del pasado. Ha llegado el momento de decirle adiós a la santificación o satanización de determinados personajes históricos. Ha llegado el momento de decirle adiós al Juárez de bronce.